

## El *amor de Dios* en Fray Luis de León

### RESUMEN

La *charitas* es *amicitia* (amor mutuo entre Dios y el hombre y entre éste y su prójimo) comienza diciendo fray Luis de León en el *Tractatus de charitate* (*Opera VI*). Que cómo llegó a esa convicción? Hay todo un proceso de aprendizaje y vivencia que se inicia con su llegada a la Universidad de Salamanca, pasando por su entrada en el convento de San Agustín de la misma ciudad y llega a las enseñanzas que recibió y a su propia reflexión. Su obra escrita tiene en el *amor de amistad* uno de los puntos de referencia frecuente, tanto que bien se le puede considerar como un auténtico *cantus firmus*. Y que la unión amical con Dios (con Cristo) tuvo en fray Luis momentos de auténtica experiencia mística no hay duda alguna.

**PALABRAS CLAVE:** Amor Dei, amor sui, charitas amicitiae.

### ABSTRACT

Fray Luis de León opens his *Tractatus de charitate* (*Opera VI*) stating that *charitas* is friendship (mutual love between God and human being, and man's love of neighbour). We will try to show his journey to this conviction. There is a whole process of learning and live experiences starting with his arrival at the University of Salamanca, together with his entry to the convent of Saint Augustine in that city, allied with the teachings he received and his own reflection on the subject. Love as friendship is such a key point of reference in his writings that it could be considered as true *cantus firmus*. Added to his and beyond any doubt, friendly union with God (i.e. Christ) reached in Fray Luis moments of authentic experiences.

**KEY WORDS:** Amor Dei, amor sui, charitas amicitiae.

## INTRODUCIENDO EL TEMA

San Agustín es la autoridad más citada por fray Luis en toda su obra; lo es, sobre todo en el tema que cae dentro del campo semántico del “amor”. No estoy de acuerdo, sin embargo, con que el Santo haya empleado indistintamente los tres términos latinos que lo expresan: *amor*, *charitas*, *dilectio*<sup>1</sup>. Basta saber que el término más usado -*amor*- tiene una ambivalencia de la que carecen los otros dos. En efecto, para el Santo existe “un amor Dei” y un “amor sui”; hay también un “amor proximi” y un amor que ama a las riquezas y otras cosas que no se deben amar; hay, finalmente, un *amor bonus* y un *amor malus*, terminología que se remonta a la Edad Media.

“Dios es amor” y el primer objeto de ese amor es el ser humano, de quien Él espera respuesta agradecida; pero cuando alguien se niega a amarlo, Dios continuará amándole. Lo vemos en la Última Cena de Jesús, en la que asistimos a una serie de gestos que no dejan lugar a duda. Siguiendo el orden que aparece en el relato evangélico, lo primero que habría tenido lugar sería el lavatorio de los pies; también a Judas, que ya había consumado la traición, se los habría lavado; y puestos a la mesa, un nuevo intento de recuperar, como amigo, al traidor: el trocito de pan, mojado en la salsa, era todo un gesto de perdón y de amor, como lo fue también el beso que le permitió estampar en su rostro horas más tarde. No hay duda: Dios no deja de amar a quien ha rechazado su amor; un amor que siempre estará esperando respuesta desde la propia libertad.

Precisamente, ya ausente Judas, el amor que le profesaban los Once tuvo aquella confianza de Jesús: *Vosotros sois mis amigos*. Dios que ama a cuantos lo aman y los convierte en amigos, ama también a quienes no lo son para que lleguen a serlo. Quizás este amor al amigo y a quien no lo es fue lo llevó al monje cisterciense Elredo de Rieval a no contentarse con la definición de Dios dada por el apóstol Juan -*Dios es amor*-, atreviéndose a cambiarla por esta otra: *Dios es amistad*<sup>2</sup>. La novedosa definición del monje quería ir más allá de lo que es la

1 Cf. BAVEL, T. J. van, *Diccionario de San Agustín*, Ed. Monte Carmelo, Burgos 2001, p. 39.

2 *De spirituali amicitia*, I, 1 PL 195, 670.

Santísima Trinidad en su vida íntima, para subrayar, la dimensión *ad extra* de ese Dios: un amor que, respondido con amor, hace que la persona se transforme en amigo de Dios y se haga amigo de los amigos de Dios. Éste es el *amor bonus* que está llamado a transformarse en *amicitia* cuando el receptor responde a la oferta.

El título de este trabajo –El amor de Dios en fray Luis de León– me llevó de inmediato a recordar y a hacer mía una breve afirmación que hace Javier San José Lera en la “Introducción” a la *Exposición del Libro de Job*. Dice así: «Acierta Cristóbal Cuevas al señalar las dos coordenadas básicas en las que debe situarse la figura de fray Luis para comprender su obra con pleno sentido y coherencia: la Orden de San Agustín y la Universidad de Salamanca»<sup>3</sup>. Y es que, sin duda alguna, Salamanca y el Convento de San Agustín fueron los dos lugares donde él aprendió *a vivir el amor de Dios* y también a enseñarlo.

La primera lección pudo aprenderla frente a la fachada de la Universidad y en el interior del edificio; en uno y otro lugar, esculpidas en piedra, había una serie de figuras e inscripciones que llamaban a cuantos allí estudiaban a cultivar unos valores relacionados con el *amor bonus* y a rechazar unos antivalores presentes en el *amor malus*, lecciones que también recibían de sus maestros; unos y otros las veían reproducidas en aquellos venerables muros. Aquellas lecciones iban a culminar en el caso del casi adolescente Luis de León con su entrada en el entonces Convento de San Agustín. Allí iba a aprender que el “amor Dei” y “amor sui” de San Agustín venían designados con estos otros sintagmas: “amor bonus” y “amor malus”. Y el amor será *bueno* o *malo* según sea el Objeto que se ama.

### “AMOR DEI” X “AMOR SUI”. SALMANTICA DOCET

Muchos siglos antes de que la Universidad de Salamanca mostrase la lección de los dos amores y dijera que *lo bueno* era quedarse con *lo verdadero*, ya la había hecho suya el santo obispo de Hipona;

---

<sup>3</sup> *Exposición del Libro de Job, Estudio, Edición y Notas*, Ed. Univ. de Salamanca MCMXCII, “Introducción”, p. 10.

precisamente, inspirada en él, aquella lección era la que figuraba escrita en las paredes de sus edificios. Allí se le decía al joven que en la Universidad se entraba, ante todo, para aprender a amar *lo bueno* y rechazar *lo malo*; y siempre desde una valoración religioso-moral-cristiana, ya que el Estudio había nacido bajo la égida de la Iglesia y de unos Reyes, cuya intención era que en ella se forjasen hombres de bien no sólo para la iglesia y la gobernanza del reino sino para los restantes ámbitos de la sociedad. A las pétreas lecciones se añadieron, desde sus inicios, ilustres profesores que, con su palabra y escritos, marcaban las líneas maestras de su enseñanza.

Esto fue lo que encontró el adolescente Luis de León, cuando llegó con sus catorce años a Salamanca con la intención de cursar Leyes en su Universidad. Pues bien, aunque él nunca lo dijese, no es difícil suponer que tanto las figuras e inscripciones murales de antaño, como los maestros de antaño y hogaño, con su palabra y escritos le ayudaron a seguir el camino del bien; pero mucho más iba a contribuir su decisión de entrar en el Convento de san Agustín de la misma ciudad. Nos acercamos, pues, a estas tres instancias –inscripciones y figuras, maestros y el citado Convento–, porque sólo desde ellas podremos ir al fondo y entender mejor el *amor Dei* (*et proximi*) en fray Luis de León, tanto en su vida personal como en su enseñanza.

## I. ELOCUENCIA DE UNAS FIGURAS E INSCRIPCIONES

1. *La portada del Edificio Principal*. En el tercer cuerpo de la hermosa portada plateresca encontramos dos figuras que representan ambos amores: Hércules (*amor bonus*), Venus (*amor malus*). El sentido profundo de las figuras es una llamada al joven que ingresa en la Universidad a prestar atención a ambas figuras y descubrir lo que le dicen una y otra: la de la izquierda –Venus–, con la columna en que se apoya rota (*amor malus*), advierte sobre el fracaso que espera a quien sigue la llamada del falso amor; por el contrario, la figura de la derecha –Hércules–, con su columna íntegra y firme, habla del triunfo de quien optó por el amor verdadero (*amor bonus*).

Un comentario de Baccio Bandinelli, publicado por Santiago Sebastián <sup>4</sup>, sirvió para que los profesores Santiago Sebastián y Luis Cortés lo aplicasen a la representación de las figuras de la fachada salmantina. Dice así: «Aquí la Razón divina (*amor bonus*) y la perturbadora Lujuria (*amor malus*) luchan entre sí con la generosa Inteligencia como árbitro. Tú, sin embargo, arrojas luz aquí sobre las acciones honorables y cubres allí las profanas con nubes. Si viene la razón brillará el sol en el firmamento. Si Venus vence, su gloria en la tierra será mero humo. Aprended, mortales, que las estrellas están por encima de las nubes como la Sagrada Razón lo está sobre los groseros apetitos» <sup>5</sup>.

2. *La escalera del claustro*. El alumno que inicia su ascensión en el estudio en busca de la sabiduría y con el mejor deseo de ser útil a la sociedad se va a encontrar con una empinada escalera y una serie de obstáculos que le pueden desviar de su intento. Son tres los tramos de la escalera; en la barandilla de los dos primeros tramos el joven que se encuentra con una libertad, recién estrenada, siente la tentación del placer y puede ser arrastrado por ella; los elocuentes símbolos esculpidos por dentro y por fuera en la barandilla del primer tramo representan el amor falso; de hacerlo suyo, el estudiante dará al traste con su primera y noble ilusión. Termina con una seria reflexión sobre la prudencia y la libertad. Y con esa reflexión se inicia el segundo tramo, en el que la lucha deberá continuar: las figuras hablan de titubeos, indecisiones, dificultades..., habrá de hacer un esfuerzo final para evitar lo representado en la pilastra con que remata este tramo: *Cupido*, el *amor malus*, preso e inmovilizado dentro de una red.

El tercer tramo va a ser un gozoso subir hasta la cima, superando fácilmente las pequeñas dificultades que todavía pudieran ir apareciendo: en la cima se encontrará con el *amor verus* o *divinus* que es el que le ha guiado en la ascensión. El éxito está representado en la cara externa de la pilastra por un joven que muestra el corazón, sede del *verdadero amor*; la felicidad y el gozo se manifiestan en la otra cara

---

4 Cf. *Revista Goya*, 137 (1977).

5 Citado por ÁLVAREZ VILLAR, J., *La Universidad de Salamanca*, Salamanca 1990, pp. 57-58.

de la pilastra por un trompetista -el propio alumno- que hace sonar la trompeta en señal de triunfo <sup>6</sup>.

### 1.1. *Los grandes maestros*

Ya Lucas Tudense, refiriéndose a los tiempos de la fundación por Alfonso IX y de sus sucesores, su hijo Fernando III, el Santo, y el hijo de éste, Alfonso X, el Sabio, nos dice que, desde el primer momento, en aquel Estudio General hubo “maestros expertísimos en las sagradas escrituras” <sup>7</sup>. Se comprende, efectivamente, que para la Iglesia y los Reyes, cofundadores de la Universidad, el estudio de la Teología y las Leyes fuesen las materias que adquiriesen relevancia en la enseñanza desde el primer momento. Sólo dos nombres: El Tostado y Hernán Pérez de Oliva.

- **“El Tostado”** (1410-1455). Dos siglos antes que este ilustre personaje, el Estudio General de Salamanca había iniciado su andadura; ahora se escuchaba su voz en sus aulas y escribía su *Brebyloquyo de amor y amiçiça*, recogiendo lo más de su pensamiento sobre el tema. Éstas son sus principales ideas: el amor y la amistad del hombre con Dios es base necesaria para el amor y la amistad de los hombres entre sí. Una *amiçiça* que, según él, expresa no una mera relación entre persona y persona sino una comunidad de vida y un intercambio de todo aquello que es comunicable y redundante en bien para ambas. Sus afirmaciones son altamente elocuentes; he aquí algunas: “La *amiçiça* mucho es conveniente a la vida humana” y “syn la *amiçiça* non puede el hombre bien beuir”. “Si los hacedores de leyes trabajasen por hacer a los cibdadanos más amigos que justos, estos serían justos” <sup>8</sup>.

A este *amor de amistad* es llamado el hombre como persona y con una vocación radical, por lo que la misma comunidad política sólo será tal si los ciudadanos están unidos por los lazos de una *vera amiçiça*: «El fundamento es la *amiçiça*, ca la cibdad está por concordia e la

<sup>6</sup> Cf. CORTÉS VÁZQUEZ, L., *Ad summum caeli. El programa alegórico-humanista de la escalera de la universidad de Salamanca*, Ed. Univ. de Salamanca, 1984, pp. 72-76.

<sup>7</sup> *Chronicon Mundi*, en *Hipania illustrata*, Francofurti 168, fol. 113.

<sup>8</sup> *Brebyloquyo de amor y amiçiça*. Manuscrito h -II- 15, fol. 35 a y 36 a, Real Biblioteca de El Escorial.

amiçia tiene semejança con la concordia»<sup>9</sup>. Y termina afirmando: «La concordia paresce ser alguna cosa semejante de amiçia, ca ésta desean sobre todas las cosas e a la contienda, la qual es contraria, échanla de las cibdades asy como a enemiga de la concordia de los amigos, asy ceviles como singulares»<sup>10</sup>.

• **Hernán Pérez de Oliva** (1494-1531). Narra Cristóbal de Villalón en su obra *El Scholastico* que, tras ser elegido Rector de la Universidad en 1528 el muy Reverendo y muy magnifico señor prior de Roncesvalles, Don Francisco de Nauarra, “en tiempo de estío, en el qual afloxan las lecciones y el estudio por el gran calor”, tuvo la feliz idea de invitar a diez ilustres Señores, amigos suyos, a una convivencia campestre en la que, además del esparcimiento y el descanso, dialogarían “sobre diversas materias de sabia conversación y principalmente sobre la buena amistad”<sup>11</sup>.

Llegado el día y camino ya del lugar, Tormes arriba, y en una breve parada, iba a ser precisamente el Maestro Oliva quien, requerido por el Maestrescuela de la Universidad, D. Francisco de Bobadilla, inicia el diálogo amical. Éstas fueron algunas de sus afirmaciones sobre su tema favorito:

«Con quanta necesidad proveyó (el Criador universal) al mundo de la *Amistad*: sin ella es cierto que fuera imposible los hombres viuir; mas que todo se corrompiera y se adnichilara en breue. Por la amistad, paz y confederación se conseruan los reynos y las repúblicas: se augmentan los estados... y con ella se goza todo mejor»<sup>12</sup>.

«Muchos fueron –continúa el Maestro Oliva, llegados al lugar– los que pusieron la felicidad deste mundo en las riquezas, otros en la salud, otros en las honras, otros en el deleite: mas aquellos solos açertaron que la pusieron en la buena amistad de muchos amigos... Con

---

9 *Brebyloquyo...*, fol. 35 a.

10 *Ibid.*, fol. 106 a.

11 *El Scholastico*, Ed. Consejo Superior de Investigación Científicas, Madrid MC-MLVII, libro 1, c. III, p. 12.

12 *El Scholastico*, c. III, p. 13.

quánta seguridad viuen los príncipes que rigen sus repúblicas y reinos con amor!»<sup>13</sup>.

Con esta doctrina del Maestro Oliva, a lo largo de la obra, sintonizan las exposiciones de los otros amigos y muy especialmente la del Maestrescuela Don Francisco de Bobadilla que, al final de su intervención, resumirá así su pensamiento: «Acabado he, o egregios varones, lo que he podido dezir en favor del *buen amor*: desto quiero yo que adorne su espíritu el nuestro scholástico porque antes le hará más sabio y le aplicará al buen estudio de las letras que le apartará»<sup>14</sup>. Por cierto que el Maestro Oliva siendo Rector de la Universidad tuvo mucho que ver con las inscripciones y las figuras alegóricas tanto de la fachada como de la escalera del edificio<sup>15</sup>.

## 1.2. *El Convento de San Agustín de Salamanca*

Cincuenta años antes de llegar Luis de León a Salamanca, en el Convento de San Agustín había vivido un religioso ejemplar que, en el ejercicio de su cargo de Predicador oficial de la Ciudad, había conseguido en 1476 que los tristemente famosos Bandos, responsables del clima de odio y violencia reinante en la Ciudad del Tormes, firmasen la paz, para bien no sólo de la Universidad sino de todos los ciudadanos. Su nombre: fray Juan de Sahagún. En el Ayuntamiento se guarda el precioso documento que lleva por título *Concordia de los Bandos*. Éste era uno de los compromisos que asumían:

*Y deseando el bien y paz y sosiego desta çibdad, e por quitar escandalos, ruidos e peleas e ayudar e fazer buenas obras unos a otros, queremos y prometemos de ser todos de aqui adelante buenos amigos y ser todos una parentela y verdadera amistad y conformidad y unión, e nos ayudar los unos a los otros y los otros a los otros como verdaderos parientes y amigos y confederados y de una Parentela y confederación y amistad y concordia.*

---

13 Id., *Ibíd.*

14 Id., *Ibíd.*, libro IV, c. XII, p. 208.

15 Cf. CORTÉS VÁZQUEZ, L., o. c., pp. 85-92.



Como recuerdo de aquella firma, en las dovelas del arco de entrada a la casa en que se habría celebrado el solemne acto figura una hermosa inscripción latina que deberá servir de aviso y estímulo no sólo para los habitantes de Salamanca sino para cuantos desean de veras vivir en paz y amistad: *Ira odium generat, concordia nutrit amorem* (=La Ira engendra el odio, la concordia fortalece el amor). Naturalmente que esta inscripción no se puso en tiempo de fray Luis, pero sí figura otra, casi igual, en el exterior de claustro de la Universidad: *Pace ac concordia res crescunt, discordia maxime decrescunt* (=Las cosas pequeñas crecen con la paz y la concordia, con la discordia disminuyen máximamente).

La entrada de Luis de León en el Convento de san Agustín en 1542 coincidía con la proclamación de fray Juan de Sahagún, como beato, iniciándose, a continuación, el Proceso para su Canonización que, por cierto, él no alcanzaría a ver, ya que ésta tendría lugar en 1601. Aunque en sus escritos no se encuentre alusión alguna a aquellos acontecimientos, es de suponer que fray Luis compartiría el gozo con toda la comunidad. Por otra parte, en aquella casa habían profesado y vivido, pocos años antes, otros religiosos que dejaron profunda huella por la ejemplaridad de sus vidas bajo muchos aspectos. Vayan sólo estos tres nombres: Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, Alonso de Orozco, Predicador Real de Felipe II y Luis de Montoya, nacido también en Belmonte, y que por aquellos años se encontraba en Portugal en misión reformadora de la Provincia. De aquella casa habían salido los primeros misioneros para Nueva España en 1533.

De todo ello se iba enterando fray Luis de León, por ser temas que entraban en la formación y eran también tema frecuente de conversación, pero lo que le causaría verdadero impacto sería la *Regla de san Agustín*, un documento cuyo primer párrafo rezaba así: *Primum propter quod in unum estis convocati: ut unanimes habitetis in domo et sit vobis anima una et cor unum in Deum et non dicatis aliquid proprium sed sint vobis omnia communia*. Aún más, a este párrafo inicial le precedía este añadido -“Ante omnia, fratres carissimi, diligatur Deus, deinde et proximus”. Es el “primum prpter quod” de la vida en comunidad. ¡Era esto justamente lo que él buscaba! Amor a y de Dios y amor a y del prójimo, interpretado por fray Luis como la *charitas amicitiae* en sumo grado.

Ciertamente que todo esto se lo dirían sus maestros, pero él mismo estaba capacitado para descubrir que en aquel enunciado estaba contenida la más perfecta definición del amor de amistad, que había visto en algunas de las inscripciones del edificio principal de la Universidad, definición esta que para San Agustín debía figurar como el fundamento de aquel proyecto vida comunitaria *monástica* (del término *monos* griego, porque muchas almas y corazones se unen en *Uno*), proyecto este, iniciado por el propio Agustín en la casa paterna, después de haber visto cristianada la *vera amicitia* o *charitas amicitiae* en la primera comunidad cristiana (*Hch* 4, 32).

## 2. LA “CHARITAS AMICITIAE” EN FRAY LUIS DE LEÓN

El recorrido que hemos hecho, buscando los motivos iniciales que llevaron a fray Luis al *amor bonus* o *charitas amicitiae*, concluyendo con su entrada en el Convento de San Agustín y su opción más elevada por el *amor Dei*, para vivirlo con los hermanos de comunidad y más tarde, fuera del Convento, con los muchos amigos que se iba a ganar a lo largo de su vida. Habría cabido, quizás, esperar de él una obra en castellano especialmente dedicada al tema, pero no lo hizo; en todo caso, ahí está el tratado en latín *De Charitate*, en el que ciertamente vamos a encontrar un mucho sobre el tema.

Nos adentraremos inicialmente en la citada obra en la que él nos hablará sobre el *amor* y la *charitas amicitiae*; a continuación haremos un recorrido por todas sus obras castellanas en las encontraremos cientos de páginas esmaltadas con hermosos pasajes, en los que fray Luis canta ese *amor de amistad* con Dios y con todos aquellos que, junto con él, lo aman. Este amor que, ya se ha dicho, constituye un auténtico *cantus firmus*, una verdadera melodía que se puede escuchar con inmenso placer en la lectura de sus obras. La *verdadera amistad* es mucho más que el *amor*, porque solamente ella funde en uno el corazón y el alma de los que se aman verdaderamente y aman también a Dios, mientras que el *amor* puede existir sin respuesta por parte de la persona amada. A este respecto, tenía fray Luis muy presente aquella definición de San Agustín: (*Señor*), *no existe verdadera amistad, sino entre aquellos a quienes*

*Tú aglutinas entre sí por medio de la caridad, derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado*<sup>16</sup>.

### 2.1. *El Tractatus de charitate* (OPERA VI, Ed. Salmanticae 1894)

He aquí un breve resumen de su contenido: En su cátedra cursatoria de Santo Tomás en la Universidad de Salamanca fray Luis de León expuso, en 10 Cuestiones (Capítulos) con sus 54 artículos correspondientes, la doctrina sobre la tercera virtud teologal –la CARIDAD–. En su exposición sigue de cerca la *Suma Teológica* de santo Tomás de Aquino, con un mucho de aportación personal. Inicialmente muestra la esencia y naturaleza de la *charitas* (caridad, amor, dilección, amistad), como *virtud* y virtud excelentísima; el *sujeto* de la misma (crecimiento, disminución, grados...); el *objeto* (Dios, el amigo, el prójimo, el enemigo...); el *orden* en el amar (a Dios sin medida, a sí mismo, al prójimo, a los padres, amar y ser amado); los *efectos* de la *charitas* (gozo, paz, obras de misericordia, tanto corporales como espirituales).

Llama profundamente la atención, sin duda, el hecho de que el *Artículo I* de la *Quaestio I* lleve por título esta pregunta: *Utrum charitas sit amicitia* (¿Es amistad la caridad?). Pues bien, anticipando ya la conclusión final, nos dirá fray Luis que la *caridad es una cierta amistad del hombre con Dios*<sup>17</sup>. El largo razonamiento para llegar a esta conclusión viene sintetizado en el último párrafo; para ello ha tenido que rebatir los argumentos de los viejos filósofos griegos y romanos que afirmaban que si existe un dios, nunca se preocuparía por el hombre (“*deus non curat de homine*”), ya que la amistad “sólo puede existir entre los iguales” y, por tanto, las desigualdades entre ese dios y el hombre la impedirían; tampoco era posible –decían– una amistad entre muchos, ya que ella sólo puede darse entre muy pocos. Rebatidos los argumentos de los viejos filósofos, les dirá: Dios, el Dios verdadero, existe y ha creado al hombre bueno y éste en armonía consigo mismo, con su Creador y con la Creación, relaciones estas que no pueden ser interpretadas sino en clave amical.

<sup>16</sup> *Confesiones*, IV, 4, 7.

<sup>17</sup> *Tractatus de charitate*, p. 5.

Ahora bien, al dirigirse el Maestro fray Luis de León a unos estudiantes de Teología, las pruebas de sus afirmaciones tenían que ser fundamentalmente teológico-bíblicas y se las ofrece en el tercer apartado del capítulo. “Falta –dice él– ver qué clase de comunión es la que existe entre Dios y el hombre, ya que en ella se fundamenta la amicitia charitatis». Dichas pruebas las encuentra en los *numerosos símiles* que halla en la Biblia, sobre todo en el Nuevo Testamento, y son otras tantas pruebas de que entre Dios y el hombre hay una relación de amistad: *Él nos ha sacado del dominio de las tinieblas y nos ha trasladado al reino del Hijo de su amor* (Col 1, 13). Un segundo símil aparece en la comunión del Cuerpo de Cristo: Cristo-Cabeza, nosotros-sus miembros, no puede haber unión más estrecha entre Él y sus miembros: (I Cor 12, 1-30). El tercer modelo viene expresado por la figura del Padre y sus hijos: *Padre nuestro que estás en el Cielo* (Mt 6, 9). *Les dio poder de ser hijos de Dios* (Jn 1, 12).

El resto de la obra será todo un comentario y explicación exhaustiva, llevada a cabo en sus clases, respondiendo a las preguntas que figuran, como título, en cada uno de los 54 artículos que tratan del tema concreto de cada una de las 10 *Quaestiones* o capítulos de la obra. Éstos son los diez títulos: I. Sobre la naturaleza y la esencia de la *caritas*; II. Sobre el sujeto de la *charitas*; III. Sobre el objeto de la *charitas*; IV. ¿Existe un orden en la *charitas*?; V. Sobre el acto principal de la *charitas* sive *dilectio*; VI. Sobre el gozo, efecto de la *charitas*; VII. Sobre la paz que es efecto de la *charitas*; VIII Sobre la misericordia, efecto de la *charitas*; IX. Sobre la beneficencia; X. Sobre la limosna.

Pasemos a la *Quaestio II*, en cuyo primer artículo se pregunta fray Luis “si la voluntad es el *sujeto* de la *charitas*”. Ésta es su respuesta: “el sujeto no es el deseo sensitivo sino el deseo intelectual, que no es otro que la *voluntad*”, es decir, no está en el puro sentimiento sino en lo más hondo de la dimensión volitivo-intelectiva, donde echa sus raíces el *amor bonus*, tras haberlo recibido del Espíritu Santo, según aquella expresión de san Pablo: *La Charitas de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo* (Rom 5, 5). San Agustín, la autoridad más citada a lo largo de esta Obra, aunque no lo haga en este momento, está muy presente aquel pasaje del Santo: «Señor, no hay verdadera amistad sino entre aquellos a quienes tú aglutinas entre sí por medio de

la caridad derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo»<sup>18</sup>. No se puede olvidar que fray Luis está hablando para alumnos que estudian Teología.

La *Quaestio III* lleva por título *De objecto Charitatis*, es decir, quién va a ser el destinatario de nuestra *charitas*. Se da por supuesto, en el Artículo I, que el primer destinatario de nuestro amor es Dios y, por eso, fray Luis lo titula con este interrogante: “¿La *Charitas* con la que amamos a Dios se extiende también al prójimo?” La respuesta lógicamente no podía ser otra que afirmativa: a Dios lo amamos por sí mismo, ahí está el precepto bíblico. En cuanto al amor al prójimo, después de toda una serie de reflexiones sobre quién es el prójimo, nos dirá que prójimo es todo ser humano y lo es también quien se considera y es enemigo nuestro. Inspirado en san Agustín, al prójimo lo amamos “en Dios” cuando el prójimo es amigo nuestro; lo amamos “por Dios” cuando se ha hecho enemigo nuestro, es decir, nuestro amor no tiene respuesta por parte del prójimo. Ya lo había ordenado el Señor: *Amad a vuestros enemigos* (Mt 5, 44).

Precisamente, este doble aspecto que tiene la *charitas*, como amor correspondido o rechazado, lleva a Fray de León a preguntar en la *Quaestio V*: «¿Qué es más meritorio, amar a enemigo o al amigo?» La respuesta la articula en estas tres proposiciones: «1ª Si atendemos al *objeto* –el propio amigo– el amor al amigo es mejor que el amor al enemigo; 2ª Si atendemos a la causa y a la razón de amar –Dios–, el amor al enemigo sería mejor, porque es Dios la causa del amor al enemigo; 3ª Absoluta y sencillamente hablando el amor al amigo es mejor y más noble». Una vez más, san Agustín, a quien cita en el cuerpo del artículo, está inspirando también esta doctrina. Ama a quien se ha declarado enemigo y quizás consigas hacerlo amigo tuyo; brevemente lo dijo el Santo: «Amemos a los enemigos para ganarlos para el reino de Dios»<sup>19</sup>. Es él quien se considera enemigo tuyo, no tú de él; y ten muy en cuenta que podrás lograrlo, si le ofreces un amor con aspecto afable.

18 *Confes.* IV, 4,7.

19 *Retractationes*, I, 19, 5.

Por lo demás, las restantes *Quaestiones* del *Tractatus de Charitate* son variaciones melódicas sobre el tema del *amor de amistad* con títulos tan elocuentes y agradables, como: “Sobre el gozo, fruto de la charitas”, “Sobre la paz que es efecto de la charitas”, “Sobre la misericordia”, “La beneficencia” o “La limosna”... Añadamos, finalmente, que al fondo de todas las *Quaestiones* hay siempre un pasaje bíblico que les comunica la savia: *El amor (la charitas) es paciente, es benigno, el amor no tiene envidia, no presume, no se engríe; no es indecoroso ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera todo lo soporta. El amor no pasa nunca* (1Cor 4-8).

## 2.2. *Tres Obras. Tres Mujeres. Y una la “Charitas amicitiae”*

Tres fueron las destinatarias de cada una de las *Obras*: Isabel Osorio, de la *Exposición del Cantar de los Cantares*, María Varela, de *La Perfecta Casada*; Ana de Jesús, de la *Exposición del libro de Job*. Cada una de las *Obras* era portadora de una finalidad concreta en el orden del amor: a su prima, Isabel Osorio, para que entienda la divinización del amor en el desposorio espiritual; a su hermana, María Varela, para que lo viva en el desposorio humano, abierto a Dios que lo hace santo; a la Madre Ana de Jesús, heredera del espíritu de Santa Teresa, para que le ayude vivir el amor a Dios y a las hermanas en medio de los sufrimientos, originados en la defensa de la Reforma.

• **Isabel Osorio.** Esta prima de fray Luis era monja en el Convento de Sancti Spiritus en Salamanca, de la Orden de Santiago y Regla de san Agustín. Isabel no sabía latín y le pide a fray Luis que le traduzca *El Cantar de los Cantares*, petición a la que él responde con sumo gusto. El prólogo termina con estas palabras llenas de afecto: «Vmd., reciba en todo esto mi voluntad, que lo demás no me satisface mucho, ni curo que satisfaga a otros; básteme haber cumplido con lo que se me mandó, que es lo que en todas las cosas más pretendo y deseo»<sup>20</sup>. El Prólogo se abre que con esta preciosa y elocuente confesión:

---

20 *Exposición de Cantar de los Cantares*, Prólogo, p. 75.

«Ninguna cosa es más propia de Dios que el amor, ni al amor hay cosa más natural que volver al que ama en las condiciones e ingenio del que es amado. De lo uno y de lo otro tenemos clara experiencia. Ciertamente es que Dios ama, y cada uno que no esté muy ciego lo puede conocer en sí por los señalados beneficios que de su mano continuamente recibe: el ser, la vida, el gobierno de ella y el amparo de su favor, que en ningún tiempo ni lugar nos desampara»<sup>21</sup>.

Y ¿quién dijo que fray Luis de León no era místico, después de leer el pasaje “de lo uno y de lo otro tenemos experiencia”? Una “experiencia” que, sin duda, le era necesaria a él para el comentario que hará sobre la misma traducción. Ya en el primer capítulo nos encontramos con la Esposa que pide avisen al Esposo «de su enfermedad y desmayo en que está por sus amores y por el ardiente deseo que tiene de verle; que es efecto naturalísimo del amor, y que nace de lo que se suele decir comúnmente: que el ánima del amante vive más en aquel a quien ama que en sí mismo»<sup>22</sup>. Fray Luis, en el comentario, hace suyos los sentimientos que viven uno y otra.

*Amistad y felicidad* andan juntas para él, muy especialmente cuando Dios anda por medio: «La más feliz vida que acá se vive –dice– es la de dos que se aman y es muy semejante y muy cercano retrato del cielo, adonde van y vienen llamas del divino amor, en que, amando y siendo amados, los bienaventurados se abrasan; y es una melodía suavísima que vence toda la música más artificiosa, la consonancia de dos voluntades que amorosamente se responden... y el que ama y es amado ni desea más de lo que tiene, ni le falta nada de lo que desea»<sup>23</sup>.

• **María Varela** es la destinataria de *La Perfecta Casada*, un libro de ejemplos y avisos para la mujer, como si la invitara a ese juego de espejos donde la mujer se mira y multiplica en toda su belleza, diversidad de perfiles y posibles deformaciones. Es el regalo que su hermano le va a hacer con motivo de su boda. Si aún no lo había terminado a principios de 1571, lo hará cuando llegue a Belmonte, a

---

21 *Ibíd.*, p. 70.

22 *Exposición...*, c. I, p. 78.

23 *Ibíd.*, c. 7, p. 190.

donde irá y pasará unos días por causa de “cierto negocio que tocaba a un deudo mío” –dice él al pedir permiso a la Autoridad académica para ausentarse–. Por cierto que en el archivo de la Colegiata de Belmonte se conserva el documento del bautismo de la hija del matrimonio, con fecha del 15 de febrero de 1572; justo a la vuelta de un año de la boda<sup>24</sup>.

Son tres los amores que aparecen unidos en la *Introducción*: Dios, María y fray Luis; ellos se aman mutuamente. «El entrañable amor que le tengo y el deseo de su bien» es lo que le lleva a él a dedicarle esta obra, para que «le busque (a Dios) y encienda alguna luz que, sin engaño ni error, alumbre y enderece sus pasos». Finalmente: «Asiente Vmd. en su corazón con entera firmeza, que el ser amigo de Dios es ser buena casada y que el bien de su alma está en ser perfecta en su estado y que el trabajar en ello y el desvelarse es ofrecer a Dios un sacrificio aceptísimo de sí misma»<sup>25</sup>.

Ella es protagonista en este retrato que fray Luis hace del matrimonio: «Lo justo y lo natural es que cada uno sea aquello mismo para que es; y que la guarda sea guarda; y el descanso, paz; y el puerto, seguridad; y la mujer, dulce y perpetuo refrigerio y alegría de corazón y como un halago blando, que continuamente esté trayendo la mano y enmollecendo el pecho de su marido, y borrando los cuidados de él»<sup>26</sup>.

• **Madre Ana de Jesús.** No sabemos cuándo se conocieron estas dos almas gemelas en la adversidad; es posible que ya se hubiesen visto en Salamanca; lo cierto es que el encargo que le había dado a fray Luis de León el Consejo Real para revisar y preparar la edición de las Obras de Santa Teresa fue ocasión de entrar en una más estrecha relación con la Madre Ana en el convento de Madrid. A ella y a su comunidad de Madrid está dirigida la “Carta-Dedicatoria” con la que hace la presentación de las Obras de la Santa. Éste es su inicio: «Yo no conocí ni vi a la Madre Teresa de Jesús mientras estuvo en la tierra;

---

24 Cf. ANDÚJAR, L., *Belmonte cuna de Fray Luis de León*, Mota del Cuervo 1995, p. 22.

25 *La perfecta casada*, “Introducción”, pp. 244 y 249.

26 *La perfecta...*, c. 3, p. 270.



mas agora que vive en el cielo la conozco y veo casi siempre en dos imágenes vivas que nos dejó de sí, que son sus hijas y sus libros»<sup>27</sup>.

El nuevo encargo, encomendado a Fray Luis por Breve papal, para ayudarlas en la defensa de la Reforma Carmelitana, tal como la había entendido la Madre Teresa, los llevó, en sus estancias en Madrid, a frecuentar las rejas del convento del que era Priora la Madre Ana. Las contrariedades por las que pasaban una y otro ocupaban parte de la conversación; pero con frecuencia el diálogo se adentraba en los temas del espíritu. Un día él le habló de la *Exposición de libro de Job*, sobre el que venía trabajando desde los tiempos de su prisión. Ya tenía terminados 35 capítulos de la obra; lo que la M. Ana le va a pedir en aquel momento encarecidamente es que acabe el comentario. Y su petición fue atendida, añadiendo los dos últimos capítulos el 41 y 42 que él firmó en Salamanca, el 19 de febrero y el 8 de marzo de 1591, respectivamente. Éste fue el gran logro de aquella mujer. Lo que no consiguió fue verlo publicado.

Aquellos recuerdos de la ausencia y la desbandada de los amigos y también de los que se pudiesen alegrar por su prisión, experimentados por él en la cárcel, acudían especialmente a su memoria cuando comenta el versículo 18 del capítulo 19 –*Ausentábanse y hablaban mal de mí*–: «Mucho duele –dice– en la adversidad, faltar los amigos; mas no duelen menos ver también lo que los enemigos se gozan»<sup>28</sup>. Le dolían también las angustias por las que pasaban la Madre Ana y su comunidad, al no dejarlas vivir plenamente la Reforma de la Fundadora, sufrimiento que hacía suyo fray Luis en 1588, cuando recibió el encargo de defender algunos puntos importantes de la Reforma, como eran los *Estatutos* y la exención en relación con los Calzados, a lo que se oponía el General Doria. Uno y otra encontraban en Job el modelo sufriente que les animaba a continuar en la defensa.

En Flandes, donde ella ejercía el cargo de Priora, no se olvidaba de la obra que fray Luis le había dedicado; al continuar inédita, en sus cartas pedía que se publicase cuanto antes por el bien que podía hacer

---

27 “Carta Dedicatoria a las Madres: Priora Ana de Jesús y Religiosas Carmelitas”, en *Obras Completas* I, p. 90.

28 *Exposición del Libro de Job*, c. 19, n. 18, p. 325.

a mucha gente. En una de las cartas que lleva fecha de marzo de 1610 y está dirigida a un religioso carmelita, le dirá: «Mucho me consolaré que se imprima este *Libro de Job*, y salga a luz lo que trabajó N.P.M. que esté en el cielo». Toda una serie de motivos incomprensibles hizo que la obra no se publicase ihasta 1779!

Lo que sentía la Madre Ana de Jesús por fray Luis queda bien patente en este pasaje de otra carta que ella escribe a la Priora del convento de Madrid: «Pídola a V.R. por el grande amor que nos tenemos, me ayude siempre en sus oraciones y las ofrezca muchas veces por el padre maestro fray Luis de León, que se lo debemos todo... Trátele V.R., que es muy santo y para cuanto nosotras hemos menester. Tiene mucho caudal de Dios, con grande deseo de servir a su Majestad en hacernos bien»<sup>29</sup>.

### 2.3. *La Charitas Amicitiae en Los Nombres de Cristo*

Esta obra se la dedicó fray Luis de León a su gran amigo Don Pedro Portocarrero, que fue por dos veces Rector de la Universidad de Salamanca. Hombre, insigne por sus virtudes, fue también gran protector de los estudios y de los que consagraban especialmente su vida a ellos. Además de *Los Nombres de Cristo*, fray Luis le dedicó también sus *Poesías* y la *Explanatio in Abdiam Prophetam*. No hay noticia sobre el agradecimiento que podría haberle hecho llegar Don Pedro, pero fácilmente se puede suponer el más cálido de los agradecimientos de palabra o por escrito, sobre todo, por el primero de los regalos.

Decíamos que el *Tractatus de Charitate* era la obra principal, aunque no única, dedicada a la “charitas amicitiae”, un *amor de Dios ad extra* –*Él nos amó primero*–, que hacía posible la respuesta del hombre. Veíamos que, a poco de comenzar fray Luis sus argumentos en aquella Obra, afirmaba con rotundidad: «Tenendum est inter Deum et homines esse proprie amicitiam, et non metaphorice; quia, ut dixi, omnes conditiones ad veram amicitiam requisitae in hac amicitia hominis ad Deum

---

29 Cf. MANRIQUE, A., *Vida de la Venerable Ana de Jesús*, Bruselas 1632, l. v, c. III, p. 328.

reperiuntur»<sup>30</sup>. Pues bien, a aquel Tratado sobre la “charitas amicitiae” hay que añadir ahora la obra que lleva el título de *Los Nombres de Cristo*.

Ciertamente que en nuestra vida de relación con el Dios Uno y Trino, la primera persona con que se encontraba fray Luis era el propio Cristo. Y entre los trece nombres (más uno, añadido posteriormente, “Cordero”) hallados por fray Luis en la *Sagrada Escritura*, el decimotercero es el de JESÚS que, significando SALUD, siempre nos sale al encuentro como médico Amigo y hacedor de amigos. Alguien ha dicho que en la intención de escribir esta obra había un deseo, no confesado por él, de responder a la doctrina luterana, que en su formulación teológica hacía imposible un auténtico amor de amistad en Dios e, incluso una verdadera amistad de los hombres entre sí, a pesar de que Lutero proclamase con sentida emoción que “Cristo es el mejor amigo del hombre”<sup>31</sup>.

El Prólogo mismo de *Los Nombres de Cristo* se abre con esta afirmación: «Ninguna cosa es más propia de Dios que el amor, ni al amor hay cosa más natural que volver al que ama en las condiciones e ingenio del que es amado. *De lo uno y de lo otro tenemos clara experiencia*. Ciertamente es que Dios ama y cada uno que no esté muy ciego lo puede reconocer en sí por los señalados beneficios que de su mano continuamente recibe: el ser, la vida, el gobierno de ella y el amparo de su favor»<sup>32</sup>.

Pero hay más: este “amor de Dios” que se ofrece a cada uno personalmente es siempre un “amor de amistad”, que pide siempre por una respuesta personal de aceptación para que se convierta en AMISTAD; a continuación, quien se ha hecho amigo por su respuesta, él mismo, con la ayuda de Dios, se hace portador de “amor de amistad” para con su prójimo. Pero es que, además, el proceso amical debe continuar y de ahí la voluntad de Dios expresada en el evangelio: *Amaos unos a otros* (Jn 15, 12) y *Que todos sean uno* (Jn 17, 21). La respuesta positiva, por parte del destinatario, conlleva un sosiego y una paz que cada uno echaba en falta en su interior, donde incluso podía existir una

---

30 *Tractatus de amicitia*, art. I, p. 9.

31 Carta de Lutero a Christof Scheuerl, Enders Br. I, p. 82.

32 *Los Nombres de Cristo*, Prólogo, p. 70.

especie de guerra civil; ahora, en cambio, puede gustar en su interior el gozo de sentirse “amigo de sí mismo” y también de Dios y de los otros.

Todo esto nos lo dice fray Luis de León, entre otros muchas pasajes, en éste de *Los Nombras de Cristo*: «Porque del estar uno concertado y bien compuesto consigo mismo, no habiendo en él cosa rebelde que a la sazón contradiga, nace como de fuente, lo primero, el estar en concordia con Dios, y lo segundo, el conservarse en amistad con los hombres»<sup>33</sup>. Por supuesto que este Dios con el que estamos “en concordia” es el Dios Uno y Trino, pero es a Cristo a quien nuestro fray Luis tiene particularmente presente, como “Príncipe de la paz”, además de por su apasionada concepción cristológica. Éstas son sus palabras:

«Así como Dios es trino y uno, trino en personas y uno en esencia, así Cristo y sus fieles, por representar en esto también a Dios, son en personas muchos y diferentes; mas, como ya comenzamos a decir y diremos más largamente después, en espíritu y en una unidad secreta, que se explica mal con palabras y que se entiende bien por los que la gustan, son uno mismo. Y dado que las cualidades de gracia y de justicia y de los demás dones divinos que están en los justos..., y el que los alienta y menea, y el que despierta y pone en obra las mismas cualidades y dones que he dicho, es en todos uno y solo, y el mismo de Cristo. Y así vive en los suyos Él, y ellos viven por Él y todos en Él; y son uno mismo multiplicado en personas, y, en cualidad y substancia de espíritu, simple y sencillo, conforme a lo que pidió a su Padre, diciendo: *Para que sean todos una cosa, así como somos una cosa nosotros*»<sup>34</sup>.

Justamente, la cita del evangelio de san Juan con la que termina el texto, le ofrece motivos para recordar en muchas ocasiones las clásicas definiciones de la amistad: “acuerdo benevolente y caritativo en asuntos divinos y humanos”, “los amigos son otro yo”, “los amigos se hacen un alma sola en dos cuerpos”. Los siguientes pasajes no necesitan otra inspiración, aunque, como en otros casos, fray Luis (Marcelo) lo haga a través de sus dos interlocutores; de esta vez lo hace en el diálogo

---

33 Nombre “Príncipe de la paz”, p. 620.

34 Nombre “Faces de Dios”, p. 452.

entre Sabino y Juliano: «Muchas veces habréis oído decir, Sabino -respondió Juliano-, que el amor consiste en una cierta unidad. -Sí, he -dijo Sabino- oído y leído que es unión el amor y que es unidad, y que es como un lazo estrecho entre los que se aman, y que, por ser así se transforma el que ama en lo que ama, por tal manera, que se hace con él una misma cosa. “¿Y pareceos -dijo Juliano- que todo amor es así? -Sí parece -respondió Sabino-”<sup>35</sup>.

Al hablar de los múltiples oficios que Cristo, como “Pastor”, desempeña con sus ovejas encontramos, entre las que llama “ventajas”, una cuarta en relación con los otros pastores: «Y porque Él, uno mismo, está en los pechos de cada una de las ovejas, y porque su pacerlas es ayuntarlas consigo y entrañarlas en sí, como ahora decía, por eso le conviene también lo postrero que pertenece al Pastor, que es hacer unidad y rebaño. Lo cual hace Cristo por maravilloso modo, como por ventura diremos después... Y porque, cebándose ellas de Él, se desnudan a sí de sí mismas y se visten de sus cualidades de Cristo; y creciendo con este dichoso pasto el ganado, viene por sus pasos contados a ser con su Pastor una cosa»<sup>36</sup>.

Ahora bien, hacerse personalmente *uno* con Cristo equivale a ser *uno* también con todos cuantos se hicieron *uno* con Él. Así nos lo dirá fray Luis en un largo y hermoso pasaje del comentario al nombre “Amado”. Un breve extracto es suficiente: «Cristo halló y halla infinitos amigos que le aman con tanta fe, que son llamados los fieles entre todas las gentes, como con nombre propio y que a ellos solos conviene... Y aunque Aristóteles pregunta si conviene tener uno o muchos amigos y concluye que no conviene, porque para el deleite bastan pocos... Mas esa es la excelencia de Cristo, y una de las razones por donde le conviene ser El Amado con propiedad que da lugar a que le amen muchos como si le amara uno solo, sin que le estorben y sin que Él se embarace en responder... Porque Cristo en los que le aman, Él mismo hace (crea) el amor, y se pasa a sus pechos de ellos, y vive en sus

---

35 Nombre “Príncipe de la paz”, p. 642.

36 Nombre “Pastor”, pp. 479 y 481.

almas, y por la misma razón hace que tengan todos una misma alma y espíritu. Y es fácil y natural que los semejantes y los unos se amen»<sup>37</sup>.

### 3. FRAY LUIS DE LEÓN, MÍSTICO

Las últimas palabras del texto citado ofrecen, precisamente, la oportunidad de preguntarse ahora si ellas son fruto de sus conocimientos puramente intelectuales o en ellas se oculta también una experiencia viva y personal. La pregunta se puede hacer extensiva a muchos otros pasajes que se han citado ya anteriormente y, por supuesto, los que figurarán en este último apartado. Nos preguntamos, pues: ¿Fue místico fray Luis de León?, ¿Sólo teórico?, ¿Fue también experiencial? Hace ya muchos años que encontré por primera vez a fray Luis de León expresamente relacionado con la *Mística* y fue nada menos que en la biografía que el P. Manuel Vidal nos dejó incrustada en su libro *Agustinos en Salamanca*, al hablar de su gran conocimiento de la Teología expositiva y de que “en la *Teología Mística* era igualmente *práctico* que *teórico*”<sup>38</sup>. 1751 era la fecha en que nos decía esto.

La *charitas amicitiae* (amor mutuo, amor de amistad) entre Dios y los hombres y de éstos entre sí se puede vivir de manera muy especial en momentos en que Dios se vuelca graciosamente sobre alguien que se ha hecho (lo ha hecho Él) íntimo amigo suyo y, como tal, le abre de par en par las puertas del corazón, a lo que Dios puede responder haciéndolo partícipe de arcanos secretos y gozos inefables, sin que por ello no falten también momentos de oscuridad y tinieblas. La persona que recibe esa gracia decimos que entra plenamente en el ámbito de la *Mística*. Pero también entra en ese ámbito el que únicamente describe y escribe sobre esos fenómenos desde el simple conocimiento intelectual. Pero hay más: han sido muchos los especialistas que del análisis objetivo de no pocos textos hay una obligada conclusión: fray Luis de León fue místico, no sólo teórico sino vivencial.

---

37 Nombre “Amado”, pp. 750-752.

38 VIDAL, M., *Agustinos de Salamanca*, Salamanca 1751, t. I, p. 373.

Las semblanzas biográficas que nos dejaron los contemporáneos de fray Luis, aunque nos hablan de su honda religiosidad y vida ejemplar, ninguno, ni en la Orden Agustiniiana ni fuera de ella, se había preocupado expresamente del tema. Todos conocían el famoso retrato del pintor Pacheco, que ciertamente podía tener no poco que ver con la opinión sobre su dimensión mística: “fue muy espiritual y de mucha oración y en ella, en tiempo de sus mayores trabajos, favorecido de Dios particularísimamente”. La verdad es que entre sus hermanos de hábito siempre se le tuvo en muy alto concepto en el campo de la espiritualidad, tanto en sus escritos como en su vida personal; concepto este que le mereció ser sepultado en el llamado “ángulo de los Santos”, que correspondía a la esquina del claustro lindante con la iglesia y era el lugar reservado para quien moría en alto concepto de santidad. Aquello era argumento más que suficiente para reconocer que fray Luis de León lo merecía.

### 3.1. *Fray Luis de León, ¿místico?*

Nunca se planteó el tema hasta mediados del siglo XIX, acaso porque nunca se había dudado de ello. Uno de los primeros en hacerlo fue P. Rousselot, el cual afirmó rotundamente que fray Luis había sido “el primer maestro del misticismo”<sup>39</sup>. La importancia que tenía esta afirmación le llevó a dedicarle, nada menos, que tres capítulos de los 14 que componen el volumen, sumando 95 páginas de las 500 que lo conforman. Y, para él, fray Luis habría sido místico no sólo en su doctrina sino en su propia vida. (Quiero dejar ya mi propia convicción: después de releer los muchos pasajes de sus *Obras* que tratan de ello, no puedo menos de afirmar que en no pocos hay una valiosa exposición de *doctrina ascético-mística*, pero en otros se esconde además una *experiencia personal*).

Un segundo defensor del misticismo de fray Luis de León fue Aubrey F.G. Bell. Comienza él extrañándose, precisamente, de que alguna vez se haya dudado de si fray Luis merece figurar entre los místicos. Ésta es su respuesta: «Es evidente que fue uno de los que más adelante llegaron en la Vía Mística, y si sus obras no merecen ser

---

39 P. ROUSSELOT, *Les mystiques espagnols*, Paris 1867, p. 213.

llamadas místicas, tiene que restringirse en gran manera el número de españoles que merezcan tal calificativo. Él había escuchado los inenarrables gemidos de la voz del Espíritu Santo; no dejaba de estar versado “en los resplandores de la contemplación y en los arrobamientos del espíritu; y había gustado “la blandura y dulzor de la comunicación con Dios”; y aunque nunca se aproximó al estado de éxtasis, que tan bien describe en su *Comentario del Cantar de los Cantares* y en otros lugares, nunca llegó al “abismal deleite” de la unión ni a las visiones de Santa Teresa»<sup>40</sup>. Pudiera parecer que estas palabras achicarían la dimensión mística; en modo alguno, sin “este deleite” la experiencia la vivió intensamente, en su a solas con Dios.

Poco tiempo después de Bell fueron numerosos los que, interesados en el tema, defendieron también la doble dimensión mística de fray Luis. Figuraría en primer lugar un prestigioso profesor de Oxford, R. Trevor Davies, que lo considera como «el tercer místico español, después de Santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz»<sup>41</sup>. A ellos les siguen otros dos entusiasta defensores del fray Luis místico, extranjeros también: Allison Peers y Alain Guy, inglés el primero y francés el segundo. Por cierto que en 1942 Allison Peers se reafirmaba en ello: «Mantengo que fray Luis tiene pleno derecho a ser considerado como autor místico y que, en sus obras en prosa, hay por lo menos claras indicaciones de que su vida estaba familiarizada con la experiencia mística; o, si no la suya, al menos la vida de personas que conocías bien... Mi conclusión no se ha alterado en el transcurso de estos catorce años»<sup>42</sup>.

En España, entre otros, podemos citar a éstos: M. Menéndez Pelayo, J. Cejador, P. Sainz Rodríguez, Antonio Prieto, Ricardo Senabre, José M<sup>a</sup> Becerra Hiraldo y el religioso carmelita, Crisógono de Jesús Sacramentado. Y por parte de los Agustinos, han sido numerosos los que han buceado en los escritos y en su misma vida para terminar afirmando que fray Luis fue *místico* y casi todos nos dirán que lo fue en la doble dimensión –teórica y experiencial–. He aquí algunos nombres:

---

40 BELL, Aubrey F. G., *Luis de León. Un Estudio del Renacimiento Español*, Casa Ed. Araluce, Barcelona 1927, pp. 249-250.

41 Cf. TREVOR DAVIES, R., *Siglo de oro español*, Ed. Ebro, Zaragoza 1944, p. 292.

42 Citado por GUTIÉRREZ, D., «Fray Luis de León, autor místico», en *Escritos sobre Fray Luis de León*, Ed. Diputación de Salamanca 1993, p. 277.



Ignacio Monasterio, Mariano Arconada, David Gutiérrez, Ángel C. Vega, Lope Cilleruelo, Félix García, Sergio González...

Uno de los autores que, con más rotundidad se ha pronunciado en este sentido, ha sido J. M<sup>a</sup>. Becerra Hiraldo. Hago plenamente mío este párrafo suyo: «El misticismo de fray Luis, además de su indudable lado experimental, se deriva de unos principios dogmáticos y, más aún, de una doctrina sacada de la *Escritura*. Los profundos conocimientos escriturarios le permitieron extraer del *Cantar* un sistema de doctrina que sólo tiene rival ventajoso en el *Cántico espiritual* de san Juan de la Cruz. El P. Crisógono de Jesús, carmelita, llega a afirmar que, manteniendo la natural distancia, lo que al místico Doctor le valió la experiencia para la perfecta explicación mística del libro salomónico, le valieron a fray Luis los conocimientos escriturísticos»<sup>43</sup>.

Y un poco más adelante añade: «El valor fundamental de la *Explanación de Cantar de los Cantares* es su carácter de escrito místico. Es la obra fundamental de la mística luisiana, no sólo por la temática, sino por ser una de las últimas de fray Luis, en la que condensó sus últimos pensamientos y sus experiencias interiores. Aquí el misticismo de fray Luis parte de su concepción cristológica. Cristo no es sólo el salvador, sino el centro de todos los órdenes y relaciones; que se encarna, no a causa del pecado, sino para comunicarnos su ser divino; Él es el término de la creación. Esta concepción cristocéntrica del mundo es la piedra fundamental de todo el edificio místico. El alma santa no irá a Dios directamente, sino a Cristo, a quien se unirá místicamente, por ser el centro del orden de la perfección sobrenatural»<sup>44</sup>.

La doble dimensión *especulativo-experiencial* del misticismo de fray Luis de León, con mayor o menor peso en uno u otro término, viene afirmada por cuantos lo consideran *místico*. Nadie, por ejemplo, debería dudar de que el *Cantar de los Cantares* es un libro soberanamente místico y, por lo tanto, en la *Exposición latina* del mismo el legionense está labrando doctrina mística en la que se unen ambas dimensiones. Podría añadirse a todo esto el hecho de que fray Luis fue autor de una obra

---

43 BECERRA HIRALDO, J. M<sup>a</sup>, *Obra Mística de Fray Luis de León*, Ed. Universidad de Granada 1986, p. 12.

44 ID., *Ibid.*, p. 14.

titulada *De triplice coniuntione fidelium cum Christo*, que lamentablemente debió de perecer pasto de las llamas en el incendio que sufrió el Convento el día 15 de julio de 1589. Dado el título que llevaba, es de suponer que en su contenido habría un mucho de doctrina mística. Una doctrina que nos habría ahorrado, sin duda, el tenerla que buscar en sus restantes obras para confirmarlo.

No quiero olvidar el juicio que le mereció a Melquiades Andrés la “Espiritualidad de Fray Luis de León” en su ponencia en el Congreso celebrado en Salamanca con motivo del Centenario (1991). Éstas fueron sus palabras: «Creo que hemos llegado a la raíz de la mística luisiana: la cristología, la encarnación de la segunda persona de la Santísima Trinidad, la humanización de lo divino. ¿No será éste el hilo conductor de su mística? La oración de seguimiento de Cristo, junto con la del propio conocimiento, constituyen la base de la experiencia mística de los recogidos, de Santa Teresa, San Juan de Ávila, P. Granada, San Alonso de Orozco, San Juan de la Cruz... Luis de León elabora la cristología y conjuga doctrina y vivencia en admirable equilibrio. Endereza su pensamiento a la vida y no se detiene a refutar a los que se paran a la vera del camino. Pensador, teólogo, exegeta, poeta y místico en una pieza y en altísimo grado. Todo es rezumo de su saber y vivir. No se puede separar obra, vida e interpretaciones de las mismas»<sup>45</sup>.

Uno de los últimos luisiólogos en investigar sobre el misticismo de fray Luis, en *Los Nombres de Cristo* concretamente, ha sido el agustino P. Sergio González. La expresión “*Jesús es salud*”, le da pie para afirmar que el párrafo siguiente es un *desahogo místico*. Helo aquí: «¡Oh bienaventurada! ¡Oh Jesús, dulce y dignísimo de todo deseo! ¡Si ya me viese yo, Señor, vencido enteramente de Ti! ¡Si cundieses oh salud, por mi alma y mi cuerpo! ¡Si me apurases ya de mi escoria, de toda aquesta vejez! ¡Si no viviese, ni pareciese, ni luciese en mí, sino Tú! ¡Oh, si ya no fuese quien soy!»<sup>46</sup>. «Es evidente –termina diciendo el P. S. González– el deseo de experiencia mística en fray Luis de León y muy difícil no suponer una profunda vivencia mística en él, al leer

45 *Fray Luis de León. Historia, Humanismo y Letras*. Conferencias inaugurales y de Clausura, Ed. Univ. de Salamanca, 1996, p. 237)9.

46 *Los Nombres de Cristo*, Nombre “Jesús”, pp. 790-791.

el desarrollo de los Nombres del presente estudio y especialmente al reflexionar sobre estos puntos ahora anotados»<sup>47</sup>.

### 3.2. In *Canticum Canticorum Expositio*, Los Nombres de Cristo, la Exposición del Libro de Job y Declaración del Salmo 26

Aunque en casi todos sus escritos, de vez en cuando, nos sorprende fray Luis con alguna manifestación de lo que está viviendo en su interior, es en estas cuatro *Obras* donde se hace más patente su misticismo y casi siempre con un matiz especialmente cristológico. Cristo, para él, no es sólo el Salvador, sino el centro en todos los órdenes y relaciones; se encarna, menos por causa del pecado que para comunicarnos su ser divino. Él es el término y la corona de la creación, ya que para fray Luis, Cristo se habría encarnado, aunque el hombre no hubiese pecado. «El alma santa –nos lo acaba de recordar J. M<sup>a</sup> Becerra Hiraldo– no irá a Dios directamente, sino a Cristo, a quien se unirá místicamente por ser el centro de orden de la perfección sobrenatural. La perfección es el acercamiento y compenetración del alma con la virtud de Cristo, clave, norma y medida de toda perfección. Este acercamiento consiste sustituir la propia vida, aspiraciones y tendencias por las de Cristo, para que Él se haga alma del alma, espíritu de ese cuerpo, luz, vida»<sup>48</sup>.

Con los Capítulos Cuarto y Séptimo de la *Triplex Explanatio* se puede confeccionar un retrato de una persona perfecta con algunas de las expresiones que va sembrando fray Luis por sus páginas. Un retrato que va más allá de lo que fray Luis de León ha podido observar en algunas personas que ha conocido, sino que ha ido a encontrarlo también en su propio interior. En las almas de los perfectos brilla el don de la gracia y tienen resplandecientes y luminosos sus pensamientos, y sus amores son santos; están dotados del hábito altísimo, heroico y divino de las virtudes y de los dones infusos<sup>49</sup>; siempre están pensado en Dios y contemplando sus atributos y los bienes celestiales, no

---

47 *Títulos cristológicos: “Pimpollo, Pastor, Padre del siglo futuro, Esposo, Hijo de Dios, Jesús”*, Ed. Estudio Agustiniano, Valladolid 1995, p. 439.

48 HIRALDO, J. M<sup>a</sup>, *Obra Mística...*, p. 14.

49 *Id.*, *Opera* II, pp. 390 y 396.

anhelando otra cosa más que hacerse espíritu con Él y transformarse en su imagen divina <sup>50</sup>. Por otra parte, no se olvida de recordar que junto con esa vida luminosa abundan también las tinieblas y la sequedad del cierzo <sup>51</sup>.

En *Los Nombres de Cristo*, nos va a sorprender la descripción del proceso de quienes se deciden de verdad a iniciar el camino hacia la perfección y lo que han de pasar hasta donde Dios quiere llevarlos. Podrá decirse que el pasaje que nos ofrece en esta ocasión era un lugar común para los tratadistas muy anteriores a fray Luis, la verdad es que éste, claramente, lo hace muy suyo. Y es que después de describirnos detalladamente lo que pasa con “el madero no bien seco, cuando se le avecina el fuego”, el proceso se realiza en la propia persona, la cual, con la ayuda del Señor, se ha dejado libremente invadir por el fuego, el amor divino. Y a continuación nos lo dice:

«Y por la misma manera, cuando Dios se avecina al alma y se junta con ella y la va gustando, así la va deseando más, y con el deseo se hace a sí misma más hábil para gustarla, y luego la gusta más; y así creciendo en ella aqueste deleite por puntos, al principio la estremece toda, y luego la comienza a ablandar y suenan de rato en rato unos tiernos suspiros, y corren por las mejillas a veces y sin sentir algunas dulcísimas lágrimas; y procediendo adelante, enciéndese de improviso como una llama compuesta de luz y de amor y luego desaparece volando, y torna a repetirse el suspiro, y torna a lucir y cesar otro no sé qué resplandor, y acreciéntase el lloro dulce, y anda así por un espacio haciendo mudanzas el alma traspasándose unas veces, y otras tornándose a sí, hasta que, sujeta ya del todo al dulzor, se traspasa del todo, y levantada enteramente sobre sí misma y no cabiendo en sí misma, espira amor y ternura y derretimiento por todas sus partes, y no entiende ni dice otra cosa si no es: ¡Luz, amor, vía, descanso sumo, belleza infinita, bien inmenso y dulcísimo, dame que me deshaga yo, y que me convierta en Ti toda, Señor!» <sup>52</sup>

---

50 Id., *ibíd.*, p. 395.

51 Id., *ibíd.*, p. 77.

52 *Nombres de Cristo*, “Esposo”, p. 670.

¿Quién no ve en esa descripción el relato de una experiencia personal vivida por fray Luis de León en lo más íntimo de sí mismo? Las dos líneas finales del pasaje, concretamente, no admiten otra interpretación. El amor de Dios ha encontrado una gozosa repuesta por parte de la persona amada y en medio de ello un vivísimo deseo unirse enteramente con Él, pero es que en ese mismo anhelo ya lo está viviendo.

Hay más todavía: en el nombre “Hijo de Dios” nos vamos a encontrar que el acercamiento y la identificación se da, ahora en concreto, con Cristo, ya que la propia vida, aspiraciones y tendencias son sustituidas por las de Él; el propio Cristo se hace alma del alma, espíritu de ese cuerpo, luz y vida. He aquí el pasaje: «En el ayuntamiento del espíritu de Cristo con el nuestro, el Espíritu de Cristo tiene vez de alma respecto de la nuestra, y hace en ella obra de alma moviéndola a obrar como debe en todo lo que se ofrece, y pone en ella ímpetu para que menee, y así obra Él en ella y la mueve, que ella, ayudada de Él, obra con Él juntamente; mas en la presencia que de sí hace en la oración a los buenos por medio de deleite y de luz, por la mayor parte el alma y sus potencias reposan y Él sólo obra en ellas por secreta manera un reposo y un bien que decir no se puede. Y así, aquel primer ayuntamiento es de vida, mas este segundo es de deleite y regalo; aquél es el ser y el vivir, aquéste es lo que hace dulce el vivir; allí recibe vivienda y estilo de Dios el alma, aquí gusta algo de su bienandanza, y así, aquello se da con asiento y para que dure, porque si falta no se vive; mas esto se da de paso y a la ligera, porque es más gustoso que necesario»<sup>53</sup>.

Y con esto nos adentramos en el campo de las pruebas que tampoco faltan especialmente en la vida de todo místico: la “noche oscura”, “las tinieblas”, “el ocultamiento de Dios”. San Juan de la Cruz le manifestará a Cristo su pesar: “¿dónde te escondiste, Amado...?”; fray Luis, por su parte, expresará su tristeza y una inmensa “saudade”, preguntándole: “¿Y dejas, Pastor Santo, tu grey en este valle oscuro...?” Para uno y otro habían acabado aquellas experiencias gozosas, aquellos deleites regalados e incluso aquella vida pacífica y tranquila y había

---

53 *Ibíd.*, “Hijo de Dios”, p. 729.

comenzado la oscuridad, las penas, el dolor, las contradicciones... No obstante, al fondo brillaba una lucecita que servía para mantenerse en pie: era la fe. Gracias a ella, “el amado de Dios” podía decirle, confiado, a pesar de todo: “creo en ti, Señor, y te amo”.

Fray Luis de León representó un mucho de todo ello en la escena de la persecución por parte de dos cuervos a una avecula hasta precipitarla en las aguas del Tormes, a orillas de La Flecha, donde él se encontraba con sus dos amigos: “¡Oh, la pobre, cómo se nos ahogó!”, exclamó Sabino. Y así lo creyeron Juliano y Marcelo (fray Luis), “de que mucho se lastimaron. Los enemigos (los cuervos), como victoriosos, se fueron alegres luego. Mas como hubiese pasado un espacio de tiempo, y Juliano con alguna risa consolase a Sabino, que maldecía a los cuervos, y no podía perder la lástima de su pájara, que así la llamaba, de improviso, a la parte adonde Marcelo estaba, y casi junto a sus pies, la vieron sacar del agua la cabeza, y luego salir del arroyo a la orilla, toda fatigada y mojada. Como salió, se puso sobre una rama baja que estaba allí junto, adonde extendió sus alas, y las sacudió del agua; y después, batiéndolas con presteza, comenzó a levantarse por el aire cantando con una dulzura nueva”<sup>54</sup>.

Pone fin a todo ello «el grandísimo regocijo y alegría que de este suceso recibió Sabino», el cual, «mirando en este punto a Marcelo (el propio fray Luis), *le vio demudado en el rostro y turbado algo y metido en gran pensamiento*, de que mucho se maravilló y queriéndole preguntar qué sentía, vio que, levantando al cielo los ojos, con entre los dientes y con un suspiro disimulado, dijo: Al fin, ¡Jesús es Jesús!»<sup>55</sup>. (La cursiva *le vio demudado en el rostro...* es mía, para llamar la atención sobre un gesto que manifestaba lo que fray Luis estaba viviendo en su interior).

Momentos de luchas, de noches oscuras, de amargura, y también de gozo profundo y de luz..., especialmente en los casi cinco años que ya llevaba en la cárcel, se entremezclaban. Así se lo dice al cardenal Quiroga en la dedicatoria de la *Explanatio in Psalmum Vigésimum Sextum*: «Todos estamos enfermos y sufrimos otros de otras enfermedades del alma. Pero siempre acaece también, sobre todo a los buenos y amadores

54 Nombre “Hijo de Dios”, p. 743.

55 *Ibíd.*, pp. 743-744.

de Dios que estas cosas no sólo les sean útiles, sino que dejen de serles amargas, y por ende se tornen agradables y dulces al gusto y al paladar de ellos; tan grande es la dulzura de Cristo con los que colocan en Él todas sus esperanzas. Lo cual yo también, aunque de ningún modo pueda enumerarme entre los siervos de Dios, sin embargo habiéndome tratado Dios benigna y clementísimamente lo experimenté... durante casi cinco años en *la cárcel y en las tinieblas* yací. Entonces disfrutaba de aquella *quietud y alegría de alma* que ahora muchas veces me falta, vuelto a la luz y disfrutando del trato de hombres muy amigos para mí»<sup>56</sup>.

Estas mismas situaciones las encontramos en su otra gran obra, la *Exposición del Libro de Job*. Fray Luis se identifica con el personaje bíblico en el sufrimiento. Como Job, también a él le duele mucho verse inocente y no ser oído en sus alegaciones. En la defensa que hace Job se percibe una resonancia de su propia defensa ante aquellos jueces que se hacían remisos y sordos en escuchar y entender. Ésta es su queja: «el saber uno su razón, y el ver que no se la creen ni le vale, cría en él agonía, de la cual nace el deseo vivo y de fuego de hallar medios eficaces para ser creído y valido; y desea que lo imposible, si es útil para sacar a luz su remedio y verdad, se hiciese posible»<sup>57</sup>. Pero uno y otro tienen el ánimo rendido y dispuesto a ver en todo ello la mano de Dios, o mejor, descubrir que el Dios-Amor siempre está cerca de quien así lo confiesa.

Las páginas finales de la *Exposición* quiere hacerlas fray Luis especialmente suyas. En concreto, el perdón, otorgado por Job a sus acusadores, también él lo regala: «Cuando se lee del que perdona a sus malhechores e intercede por ellos, que ni cuando padeció con paciencia se dijo, ni cuando se reconoció por ceniza, ni cuando lloró y se dolió de su demasía humillado. Porque en ninguna de aquellas cosas se mostró lo perfecto de su virtud cuanto en esto que, a la verdad, contiene en sí grandes bienes. Porque quien a sus enemigos ama, y hace bien a los que le dañan y injurian, lejos está de querer a nadie mal, ni dañarle; y quien paga con amor al hombre el mal que le hace, cierto es que a Dios,

---

<sup>56</sup> *Declaración del Salmo 26*, traducción J. M<sup>a</sup> Hiraldo, Ed. Dip. Prov. de Salamanca, 1991, p. 19.

<sup>57</sup> *Exposición del Libro de Job*, cap. 6, 2

de quien tantos bienes recibe, no le olvida y desama. Por manera que ama perfectamente a Dios y a los prójimos quien para sus enemigos es bueno; y en este amor se encierra todo lo que Dios manda, y es aquello en que verdaderamente consiste la justicia cristiana»<sup>58</sup>.

En fin, como se habrá podido ver, abundan en pasajes en los que el misticismo de fray Luis de León no se queda reducido a una mera exposición de la doctrina mística, sino que se descubre también que en la misma exposición hay algo más que se hace patente de alguna manera: ése “algo más” es, precisamente, una especial “vivencia” personal que supera cualquier sentimiento estético o de cualquier otro género. Es cierto que algunas veces, saliendo al paso de quien así pudiera interpretarlo, fray Luis acaba diciendo: “yo no soy uno de ellos”. ¿Pensamos, acaso, que él iba a decir: “sí, lo soy”?

### 3.3. “El amor de Dios” en la Obra poética de fray Luis de León

Vaya inicialmente la cita de un inspirado párrafo que el P. Félix García engastó en su *Introducción a las Poesías de fray Luis de León*: «Fray Luis, ese gran cosechero de hermosuras, es un contemplativo extraordinario. No sería excesivo afirmar que no hay poesía sin previa contemplación. Siempre la convergencia de la intelección y del amor, que es la que define al místico. Poesía y mística son dos cumbres que se contemplan extáticas, iluminadas, bajo los resplandores de la mirada de Dios. El poeta y el místico tienen ascensiones paralelas, y se despegan de lo sensorial y transitorio, sublimándolo, con ímpetu de flecha, tomando rumbos idénticos. Todo místico es, por eso, en el fondo, un poeta, porque del ser poeta proviene el arrebató y el tránsito, la visión iluminada; y todo poeta que, en el fondo, es más que el resto de los mortales un ser religioso, *toma del místico las alas de paloma* para sesgar el vuelo y romper el puro aire en navegaciones altas»<sup>59</sup>.

¿Qué decir, pues, del carácter místico que se atribuye a algunas de sus poesías? Ciertamente que quienes le negaban un verdadero

---

<sup>58</sup> *Job* 42, 10.

<sup>59</sup> *Obras Completas Castellanas* B.A.C., t. II, p. 700.



misticismo en algunos pasajes de las obras en prosa, menos aún iban a aceptar que también algunas poesías eran fruto de momentos místicos que habría vivido fray Luis. Aumenta, quizás, esta actitud el juicio negativo que le merecían al propio fray Luis las poesías que componían el pequeño volumen que le dedicó a D. Gaspar de Quiroga. En efecto, el pasaje que encabeza su *Advertencia previa* dice así: «Entre las ocupaciones de mis estudios en mi mocedad, y casi en mi niñez, *se me cayeron como de entre las manos estas obrecillas; a las cuales me apliqué más por inclinación de mi estrella que por juicio o voluntad*» (la cursiva es mía)<sup>60</sup>. Pero es que debemos preguntarnos, una vez más: ¿Se podía esperar que fray Luis que dijese otra cosa?

La verdad es que son muchos los autores que reconocen que en varias de sus poesías, concretamente en algunas de sus estrofas, existen momentos de una exaltación especial, aunque, para otros no iba más allá de una mera inspiración natural y que habría brotado sencillamente de la propia sensibilidad. Es lo que opina, por ejemplo, Dámaso Alonso. Para él en casi todas sus odas «no hay ni un solo instante que se pueda asimilar a la plenitud de la unión de semejanza. Las vislumbres del cielo o de la divinidad están contempladas siempre en posición de desterrado. No por eso, son menos bellas, porque el dolor, el desvío, el apartamiento, cargan de expresión y de hermosura las imágenes inasequibles»<sup>61</sup>. Como si lo místico sólo pudiese vivirse en medio del gozo y no en medio de una profunda desolación o ausencia de Dios. Dónde quedaría entonces, pregunto de nuevo, el «¿Dónde te escondiste, Amado...?» de san Juan de la Cruz o el «¿Y dejas Pastor Santo... con soledad y llanto?» de fray Luis de León.

El hecho es que son muchísimos más los que aseguran que algunas poesías de fray Luis son fruto, ante todo, de momentos místicos vividos por él. La mayor parte de los que admitían el misticismo en no pocos pasajes de su obra en prosa lo admiten también en algunas de sus poesías. Ahí está Menéndez Pelayo señalando a estas cuatro como místicas: la titulada “Noche serena”, las dedicadas “A Salinas” y “A

---

60 *Fray Luis de León. Poesías*. Edición, introducción y notas del P. Ángel C. Vega, Ed. Planeta, Barcelona 1970, p. 6.

61 *Poesía Española. Ensayo de métodos y límites estilísticos*, Ed. Gredos, Madrid 1987, p. 188.

Felipe Ruiz” y la llamada “Morada del cielo”. Otros estudiosos del tema, Antonio Prieto y Ricardo Senabre no abrigan duda alguna sobre el misticismo de algunas de ellas. Desde la Orden de san Agustín son suficientes estos nombres citados anteriormente, entre muchos otros: Ángel C. Vega, Félix García y David Gutiérrez.

Por cierto que A. Prieto admite que la poesía luisiana conformaría un *corpus* coherente que, desde la “Vida retirada”, ofrece un cierto progreso argumental que podría ser éste: “El aire se serena”, “Cuando contemplo el cielo...”, “¿cuándo será que pueda...”, por ejemplo, o de intensificación redundante, que alterna esta línea de *ascensus* con otras odas detenidas en temas “terrenos” que sirven de contraste, quebrando una posible monotonía <sup>62</sup>. Bastan sólo dos estrofas de dos de las cuatro odas citadas para darnos cuenta de que en ellas hay algo más que una simple expresión poética:

NOCHE SERENA: “Cuando contemplo el cielo / de innumerables luces adornado, / y miro hacia el suelo / de noche rodeado, / en sueño y en olvido sepultado: // El amor y la pena / despiertan en mi pecho una ansia ardiente; / despiden larga vena / los ojos hechos fuente; / la lengua dice al fin con voz doliente: // ¡Morada de grandeza / templo de caridad y hermosura!”...

MORADA DEL CIELO: “Alma región luciente, / prado de bienandanza, que ni al hielo / ni con el rayo ardiente / fallece: fértil suelo, / productor eterno de consuelo ... // Toca el rabel sonoro, / y el inmortal dulzor al alma pasa / con que envilece el oro / y ardiendo se traspasa / y lanza en aquel bien libre de tasa ... // Conocería dónde / sesteas, dulce Esposo; y desatada / de esta prisión, a donde / padece a tu manada / junta, no ya andara perdida, errada”.

Veamos lo que nos dicen algunos de los especialistas en el tema. Aquí está lo que dice Alain Guy, dirigiéndose, sobre todo, a los que niegan la dimensión mística fray Luis de León. Lo hace preguntándoles que «si, después del apoyo de Menéndez Pelayo, Fco. Blanco García, Aubrey Bell, Allison Peers, Marcos del Río, Crisógono de Jesús, ¿fray Luis no va a tener derecho a ser considerado autor

---

62 *La Poesía Española del siglo XVI*, t. II, Ed. Cátedra, SA, Madrid 1987, p. 312.

místico? Toda su obra en *prosa y en verso* está llena del amor divino y parece testificar su *experiencia*. Recordaría yo el ardiente comentario del nombre *Amado* en *Los Nombres de Cristo*, el diálogo entre Sabino y Juliano a propósito de la unidad en el comentario del nombre *Príncipe de la Paz* en *Los Nombres de Cristo*, las páginas de la *Exposición del Libro de Job* (c. 17)... En innumerables textos, con magnífica inspiración son descritos insistentemente los grados del amor espiritual, sus pruebas, sus momentos felices y su inefables cimas»<sup>63</sup>.

Y para terminar vaya el testimonio de uno de sus mejores intérpretes, el P. Félix García: «Lo religioso, la *ascensión mística* es la nota determinante de la poesía de Fr. Luis. El poeta lleva en el corazón, y en los ojos y en el entendimiento la imagen de Cristo y de la patria verdadera. Y con el mucho amor se le encienden las palabras y se conciertan en una armonía que *despierta en el alma un ansia ardiente*. La naturaleza en la prosa y en el verso de Fr. Luis -¡cuántas maravillas acumuladas!- no es una naturaleza que recrea sólo los sentidos; en Fr. Luis es la naturaleza animada, con su habla silenciosa y elocuente, con belleza que trasciende, porque sobre ella ha pasado la gracia del Señor»<sup>64</sup>.

TEÓFILO VIÑAS, OSA

---

63 GUY, A., *Fray Luis de León. 1528-1591*, Ed. Iberiques, Libraire José Corti, 1989, p. 135.

64 «Introducción a las Poesías», en *Obras Completas Castellanas*, vol. II, p. 718.

